Promover la **alianza** entre los **seres humanos** y el **medio ambiente**

TEXTOS BÍBLICOS PARA LA ORACIÓN PERSONAL

Gen 1, 1-3

Al principio Dios creó el cielo y la tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo; y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas. Dios dijo «Haya luz», y hubo luz.

Gen 1, 26-30

«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las fieras campestres y los reptiles de la tierra». Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, hombre y mujer los creó. Dios los bendijo y les dijo: «Sed fecundos y multiplicaos, poblad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y cuantos animales se mueven sobre la tierra» y añadió: «Yo doy toda planta que produce semillas que hay sobre la superficie de la tierra y todo árbol que da fruto conteniendo simientes en sí. Ello será vuestra comida, a todos los animales del campo, a las aves del cielo y a todos los reptiles de la tierra, a todo ser viviente, yo doy como comida toda hierba verde». Y así fue.

Gen 2, 15

El Señor ha querido a la persona humana como su interlocutor: sólo en diálogo con Dios la criatura humana encuentra la propia verdad, en la que halla inspiración y normas para proyectar el futuro del mundo, un jardín que Dios le ha dado para que sea cultivado y custodiado.

Lc 11, 11-13

El señor pone la naturaleza al servicio de su designio redentor. A sus discípulos les pide mirar las cosas, las estaciones y los hombres con la confianza de los hijos que saben que no serán abandonados por el Padre providente.

Sal 8, 4-5

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano para darle poder?

Documentos de la Iglesia

El hombre, pues, no debe olvidar que «su capacidad de transformar y, en cierto sentido, de «crear» el mundo con el propio trabajo [...] se desarrolla siempre sobre la base de la primera y originaria donación de las cosas por parte de Dios»

No debe «disponer arbitrariamente de la tierra, sometiéndola sin reservas a su voluntad, como si ella no tuviera una fisonomía propia y un destino anterior dados por Dios y que el hombre puede desarrollar ciertamente, pero que no debe traicionar». Cuando se comporta de este modo, «en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza, más bien tiranizada que gobernada por él».

(Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 460)

Si el hombre interviene sobre la naturaleza sin abusar de ella ni dañarla, se puede decir que «interviene no para modificar la naturaleza, sino para ayudarla a desarrollarse en su línea, la de la creación, la querida por Dios [...] Dios ha querido que el hombre sea el rey de la creación. En el fondo, es Dios mismo quien ofrece al hombre el honor de cooperar con todas las fuerzas de su inteligencia en la obra de la creación».

(Juan Pablo II, Cart enc. *Centesimus annus 37*)

El tema del desarrollo está también muy unido hoy a los deberes que nacen de la *relación del hombre con el ambiente natural.* Éste es un don de Dios para todos, y su futura y total humanidad cuando se considera la naturaleza, y en primer lugar al ser humano, fruto del azar o del determinismo evolutivo, disminuye el sentido de la responsabilidad en las conciencias. El creyente reconoce en la naturaleza el maravilloso resultado de la intervención creadora de Dios, que el hombre puede utilizar responsablemente para satisfacer sus legítimas necesidades —materiales e inmateriales— respetando el equilibrio inherente a la creación misma. Si se desvanece esta visión, se acaba por considerar la naturaleza como un tabú intocable o, al contrario, por abusar de ella. Ambas posturas no son conformes con la visión cristiana de la naturaleza, fruto de la creación de Dios.

(Caritas in Veritate nº 48)



Introducción

La Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC), a través de la Acción Católica General, elabora todos los años un contenido formativo relacionado con alguna de las resoluciones aprobadas en la Asamblea Mundial que se celebra cada cuatro años. En la última Asamblea Mundial, celebrada en Jerusalén en el año 2010, la segunda resolución expresa lo siguiente:

Promover una Alianza entre los Seres Humanos y el Medio Ambiente

Las Organizaciones Miembro de la UMOFC se comprometen a facilitar programas educativos que mejoren nuestra comprensión de las cuestiones ecológicas tanto locales, regionales y globales y las enseñanzas del Magisterio sobre la ecología. Esos programas deberían integrar el respeto por la vida y nuestras responsabilidades frente a las generaciones futuras.

Este material, que ahora os ofrecemos, es la concreción, en España, de la resolución asumida por la UMOFC. Y, como bien se expresa en dicha resolución, el objetivo es profundizar, como seguidores de Cristo, en la relación que debemos tener los seres humanos con el resto de la creación.

Es una propuesta para crecer cristianamente desde el estilo y las claves de una formación que no se queda en el plano intelectual o del conocimiento, sino que pretende la conversión de actitudes personales y colectivas en todos nosotros. Se trata de provocar una progresiva transformación de nuestras vidas a los valores del Evangelio, para ser así mejores ciudadanos del mundo en el que vivimos.

Es importante que situemos la manera de comportarnos y de actuar, los seres humanos, ante





el medio ambiente desde las claves más básicas de la fe cristiana. Desde la perspectiva cristiana no es posible realizar un análisis del estado de salud de la naturaleza, o de revisión de las actitudes cotidianas de los seres humanos respecto al medio ambiente, sin tener claro el sentido último de todo lo creado. Por esta razón, a continuación, vamos a entrar de lleno en seis claves de tipo «fundamental» sobre el sentido de la creación y la responsabilidad de todos y cada uno de nosotros en lo que Dios nos ha encomendado.

Dios, creador de todas las cosas

Los creyentes somos conscientes, porque lo hemos experimentado más de una vez, que la realidad no se ve de la misma manera cuando nuestra mirada está educada para hacerlo desde la fe cristiana. ¡Cuántas veces nos hemos dado cuenta de cómo cambia la visión de las cosas cuando lo hacemos con la lente clarificadora del Evangelio!

En esta cuestión, que ahora nos ocupa, es determinante este aspecto. Dios es el Creador de todas las cosas, como dice nuestro Credo, «de todo lo visible y lo invisible». El universo no es azaroso, todo ha sido creado con intención, y además con una intención cargada de bondad, de buenas intenciones. En el Génesis queda reflejado, de forma simbólica, el protagonismo directo y absoluto de Dios en la creación:



Dios mismo es quien ha creado el mundo visible en toda su riqueza, su diversidad y su orden. La Escritura presenta la obra del Creador simbólicamente como una secuencia de seis días «de trabajo» divino que terminan en el «reposo» del día séptimo. El texto sagrado enseña, a propósito de la creación, verdades reveladas por Dios para nuestra salvación que permiten «conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la alabanza divina».

Catecismo de la Iglesia Católica, 337

Puede resultar sorprendente la expresión «trabajo divino» con la que se define la tarea creativa de Dios. Pero es conmovedor pensar el empeño concreto del Señor por poner en marcha el mundo en el que vivimos, en un Dios que se pone manos a la obra.

Creación dotada de bondad y perfección que viene de Dios

En demasiadas ocasiones escuchamos o leemos visiones apocalípticas de la realidad en la que vivimos. La realidad está tan mal,

según algunos discurso, que no se encuentra a veces motivo para la esperanza. El ser humano no es bueno, la naturaleza se muere, estamos abocados a la autodestrucción. Estos diagnósticos sobrepasan a veces el juicio de la realidad y ponen a disposición de quien recibe el mensaje la posibilidad real de pensar que todo está diseñado para el mal, que la genética de la realidad es perversa, y que a veces la encomiable acción de unos pocos permiten ver destellos de la bondad que sobrevive a pesar de todo.

Ciertamente, no podemos movernos en un pensamiento «buenista», en el que confiemos en que las cosas caminan por sí solas hacia el bien, pero tampoco en una visión catastrofista de la realidad y del futuro de la misma. En este sentido los creyentes sabemos que la creación está empapada de bondad, de la misma bondad de Dios. No sólo basta con ser conocedores, sino que debemos ser proclamadores de la bondad de lo creado, a través de nuestras palabras y de nuestro testimonio de vida. Y somos los seres humanos los únicos «portadores» de esta conciencia:



Toda criatura posee su bondad y su perfección propias. Para cada una de las obras de los «seis días» se dice: «Y vio Dios que era bueno». «Por la condición misma de la creación, todas las cosas están dotadas de firmeza, verdad y bondad propias y de un orden y leyes propias». Las distintas criaturas, queridas en su ser propio, reflejan, cada una a su manera, un rayo de la sabiduría y de la bondad infinita de Dios. Por esto, el hombre debe respetar la bondad propia de cada criatura para evitar un uso desordenado de las cosas, que desprecie al Creador y acarree consecuencias nefastas para los hombres y para su ambiente.

Catecismo de la Iglesia Católica, 339

Descubrir a Dios a través de la belleza de su creación

Desde este punto de partida el universo, la naturaleza, lo animado y lo inanimado, las plantas, los animales... son percibidos, ya no como algo de lo que puedo valerme y utilizar a mi antojo, sino como un conjunto armónico que tiene una fuente común: Dios. El medio ambiente se transforma para nosotros en una «medio de comunicación» que nos permite sintonizar la frecuencia de Dios. La contemplación de la belleza de lo creado supera la estética inicial y se une a las vías de comunicación establecidas con el Señor. San Agustín lo expresa de forma muy adecuada en el siguiente texto:

«Interroga a la belleza de la tierra, interroga a la belleza del mar, interroga a la belleza del aire que se dilata y se difunde, interroga a la belleza del cielo [...] interroga a todas estas realidades. Todas te responden: Ve, nosotras somos bellas. Su propia belleza es su proclamación. Estas bellezas sujetas a cambio, ¿quién las ha hecho sino la Suma Belleza, no sujeta a cambio?».

Cf. San Agustín, Sermo 241, 2; PL 38, 1134



Cuando vemos en el medio ambiente la huella de Dios, cuando vamos teniendo conciencia que todo lo creado tiene el aroma de lo sagrado, porque es Dios mismo quien lo ha creado, la devastación medioambiental, el agotamiento de recursos o la precariedad y el peligro de extinción en la que se encuentran algunas especies animales, deja de ser una cuestión más a tener en cuenta y se convierte en un elemento central de nuestro testimonio cotidiano como cristianos.

El hombre es la cumbre de la creación

El hombre es la cumbre de la obra de la creación. El relato inspirado lo expresa distinguiendo netamente la creación del hombre y la de las otras criaturas.

Catecismo de la Iglesia Católica, 343

¿Cuántas veces hemos entendido esta «cumbre» o supremacía de la creación como abuso de los recursos naturales, como consumo desmedido de los bienes de la naturaleza, como utilizadores sin control de todo aquello que se nos ha dado?

Pero este abuso, esta presencia del pecado en los seres humanos, no debe llevarnos a la conclusión de situarnos en un plano de igualdad con el resto de criaturas. Debemos fundirnos en lo creado, fundirnos en la naturaleza, pero no confundirnos con ella. Dios nos ha reservado un papel especial. Somos la culminación de su creación. Este papel debe vivirse como una responsabilidad preciosa, somos los continuadores de la creación, en nosotros ha puesto el Señor su confianza.

Sin duda alguna que esto requiere, necesariamente, un cambio colectivo, que pasa en primer lugar por un cambio personal de cada uno de nosotros: el consumo responsable, el uso adecuado por los bienes naturales, el reparto de los bienes entre todos los seres humanos, la primacía de la vida humana como cumbre de la creación...

La nueva creación

Esta confianza que Dios ha depositado en los seres humanos ha tenido continuidad a lo largo de la historia. La relación de Dios con los hombres no ha sucedido sólo en el momento inicial de la historia de la humanidad, sino que Dios se ha hecho y se hace presente de una u otra manera a lo largo del tiempo.

La creación no finalizó simbólicamente en el sexto día. La venida de Jesucristo ha irrumpido de forma determinante, no sólo sobre la humanidad, sino sobre toda la creación. Merece la pena que leamos el número 349 del Catecismo de la Iglesia Católica en el que se expresa la directa relación que hay entre la Resurrección de Cristo y la creación:

Pero para nosotros ha surgido un nuevo día: el día de la Resurrección de Cristo. El séptimo día acaba la primera creación. Y el octavo día comienza la nueva creación. Así, la obra de la creación culmina en una obra todavía más grande: la Redención. La primera creación encuentra su sentido y su cumbre en la nueva creación en Cristo, cuyo esplendor sobrepasa al de la primera.

Catecismo de la Iglesia Católica, 349

Esto nos debe llevar a la conclusión, por lo tanto, que Dios también ha renovado su confianza en nosotros como continuadores responsables de su creación. La resurrección da sentido a la primera creación, por lo que todo se renueva. Jesucristo debe provocar en nosotros una llamada a renovar nuestra percepción sobre todo lo creado, una llamada al cambio de nuestros hábitos, una llamada para buscar un equilibrio entre los recursos naturales que la Tierra posee y las legítimas necesidades de toda la humanidad, una llamada a un reparto justo de estos recursos para que a nadie le falte lo necesario...

Responsabilidad del Hombre con la creación

La humanidad no puede disponer a su antojo de todo lo creado. El ser humano no es el creador, no es el centro de la historia. Los cristianos debemos refrescar siempre esta cuestión, para evitar los pequeños o grandes «endiosamientos» a los que a veces tendemos.

Por lo tanto nuestra tarea sobre todo lo creado es de responsabilidad, no de poder. Es de respeto, no de dominio.



El séptimo mandamiento exige el respeto de la integridad de la creación. Los animales, como las plantas y los seres inanimados, están naturalmente destinados al bien común de la humanidad pasada, presente y futura. El uso de los recursos minerales, vegetales y animales del universo no puede ser separado del respeto a las exigencias morales. El dominio concedido por el Creador al hombre sobre los seres inanimados y los seres vivos no es absoluto; está regulado por el cuidado de la calidad de vida del prójimo incluyendo la de las generaciones venideras; exige un respeto religioso de la integridad de la creación.

Catecismo de la Iglesia Católica, 2415

Mención especial merece este criterio cuando nos referimos al prójimo. Somos una gran familia que debe regirse por los valores cristianos que emanan del Evangelio de Jesucristo: la comunión de todos los bienes, sociales y naturales, la búsqueda colectiva del bien común, la justicia, la paz como expresión más palpable del máximo respeto a todo lo creado... Somos los creyentes los que tenemos que irradiar todos estos valores en nuestra vida cotidiana. Somos en muchas ocasiones el único Evangelio que pueden conocer muchas personas. Es el primer paso para que toda la humanidad pueda llegar a ser una sola comunidad de amor y fraternidad. Y para que de esta forma, la humanidad unida, pueda establecer la urgente y necesaria alianza entre los seres humanos y el medio ambiente.

Para la preparación personal

El esquema de trabajo propuesto a continuación requiere que cada persona busque un espacio de tiempo para la reflexión y oración personal. Debe ser un tiempo de calidad, sosegado, en el que debe estar presente la oración, apoyándonos para ello en los textos bíblicos sugeridos al comienzo. También es importante realizar con tranquilidad la lectura del tema, así como el cuestionario que aparece a continuación de estas líneas.

Es muy importante que cada miembro del grupo que participe de esta propuesta formativa prepare la reunión de esta manera, ya que de lo contrario la reunión se convierte en una exposición superficial de los contenidos, ya que estos no han sido interiorizados, y por lo tanto no han tocado nuestro corazón.

Ver [mirada creyente]

Para los cristianos, el medio ambiente no puede ser entendido sin la mano creadora de Dios. Esta cuestión modela por completo nuestra visión y nuestra actitud ante la realidad. Teniendo esto muy presente, somos conscientes de que convivimos con testimonios contrapuestos, de que no siempre los cristianos estamos a la altura de las circunstancias.

1. Expón un hecho, personal o de alguien que conozcas, en el que se constate la conciencia o no de que el medio ambiente es obra de la creación de Dios. Describe en ambos casos el hecho.
2. Expón las causas por las que el hecho en concreto se produce.
3. Expón las consecuencias que el hecho ha tenido para el medio ambiente.

Juzgar [reflexión creyente]

La Palabra de Dios nos asegura que la creación es fundamentalmente buena y que nosotros, los seres humanos, estamos llamados a continuar de forma responsable la tarea de armonía que debe existir entre las personas y todo lo creado.

1. Teniendo en cuenta la confianza y responsabilidad que Dios deposita en los hombres (Gen 2, 15), ¿a qué estamos llamados los cristianos en lo que respecta a nuestra responsabilidad hacia todo lo creado?
2. Y en concreto, ¿qué llamadas sentimos los cristianos para que la humanidad crezca en valores como la justicia, la verdad o la paz?

Actuar [compromiso creyente]

Este tema nos interpela sobre nuestra respuesta personal a la misión que Dios le encomienda a los seres humanos de ser responsables de todo lo creado. Es cierto que es necesaria una alianza mundial en esta cuestión, pero esta unidad no es posible sin los pequeños compromisos personales. Estos pequeños gestos, no son sólo positivos por los efectos beneficiosos que pueden generar en el medio ambiente, sino sobre todo porque van contagiando un cambio de actitudes en los demás, van proponiendo desde el testimonio personal que las cosas pueden hacerse de otra manera, que la armonía entre las necesidades humanas y las necesidades de la naturaleza no tienen por qué ser aspectos contradictorios.

1. Escribe un compromiso personal que te permita crecer en la responsabilidad que Dios ha depositado en las personas sobre todo lo creado.